

HOSPITAL ANCESTRAL

Ariel Alexander Salinas

El verde te traga, no pude distinguir mas colores. Los tejidos de los árboles han testificado los hechos más insólitos, de enfermedades donde la madre tierra parió en la montaña a sus doctores místicos, como remedio para curar las heridas del alma.

El asombro fundió mis ojos durante el viaje al hospital verde que lucha contra los espíritus del mal, donde las cicatrices de las tablas narran un trozo de historia escondida en la sabana clorofílica de Bosawas.

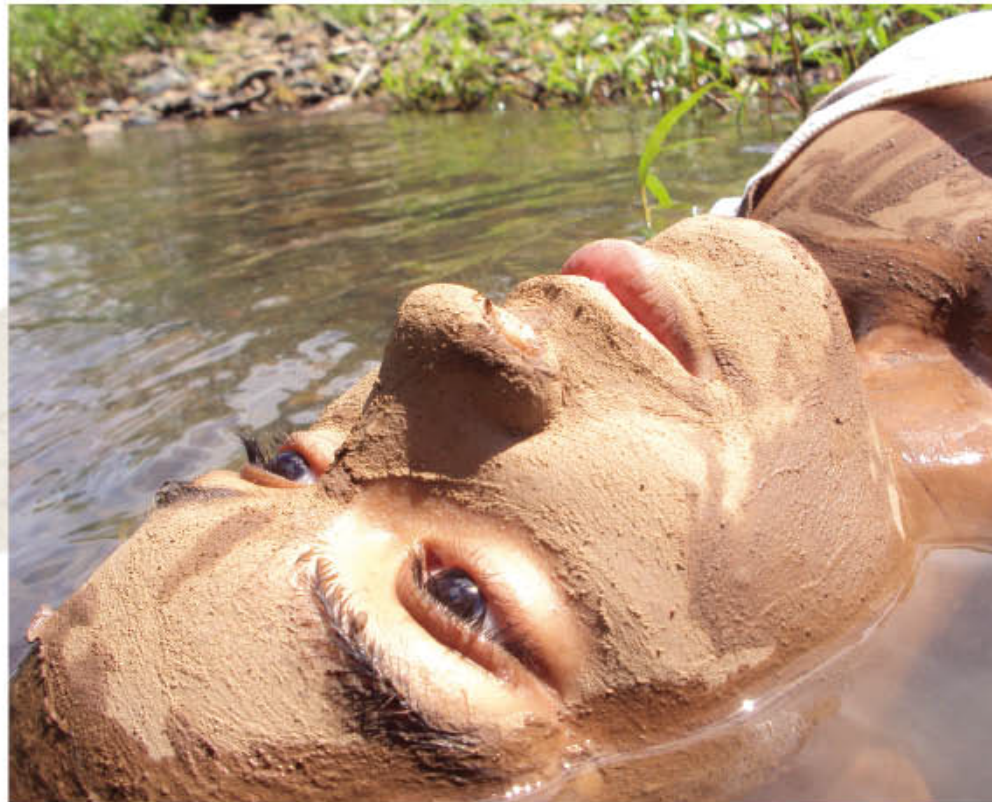
El aire limpio nadó en mis pulmones atascados de cáncer. La sangre de los cielos vi bañarse en los dedos de tus aguas. Lo místico envolvió mis venas entre lo incierto y el éxtasis por el manto espiritual de la montaña. La vida en los cerros llenaba de confusión mi mente incrédula escondiendo tras sus ramas los secretos de la medicina ancestral.

La curiosidad hizo estallar mis sentidos por saber las virtudes de ese místico santuario de energía y vida. Allí se esconden poderes curativos de antaño y milenarios remedios contra la magia negra, en sus bejucos que tejen vida y amarran al extranjero asesino. Hiervas serenas, doctoras del corazón de la montaña, y que están lejos de la brutalidad de nuestras mentes. En ella habita la fuerte sangre de nuestra simiente, la biblioteca antigua de los conocimientos de medicina. En las arterias del tiempo ha circulado una cultura única que gira en torno a la naturaleza curandera por

la mano vegetal, sanadora de tantos males de selva y protectora contra los espíritus del mal.

La tierra ha sido maestra de medicina natural en tiempos de epidemias. Los poderes ancestrales han sido transmitidos de generación en generación, retoñando en las manos de sus hijos que no pierden su cultura a pesar de la medicina sintética.

En las plantas reposan los espíritus que por siglos han sido sus protectores contra las maldades que provocan los servidores de Satanás. Los conjuros despiertan los poderes ocultos en las ramas, hojas y bejuocos, clamando a los místicos sanadores, dejen sus energías en el brebaje para curar al más agonizante de los enfermos. Uno de esos fui yo.



Las defensas de mi cuerpo estaban débiles debido a la inhóspita bienvenida de la selva, que me abrazó con una glacial lluvia durante todo el trayecto por el río Bocay. Una fiebre quejumbrosa martajaba mi cuerpo. La tos comprimía mi pecho ahogándolo en flema. Cada uno de mis huesos era martillado por el dolor. Alucinaba en mi sorpresiva recaída viendo caminar insectos sobre mi piel. Vi el río y creí que los peces se ahogaban en el agua, y que los monos eran perfectos nadadores. La gente al ver mi estado me remitió enseguida donde una señora que decían curaba males de cuerpo y alma. El camino fue un letargo y alucinógeno desvarío, las

ARTE Y ECOLOGIA

casas de tambo se reían a mi paso. En mi descontrol miré una casa que atraía mi desvalida mente; emanaba cierta misteriosa aura relajante. Las pequeñas plantas que estaban allí parecían como un colchón que llamaba a la montaña. Era ese el lugar donde me llevaban.

De una simulada escalera hecha de troncos bajó una señora muy humilde que desprendía sabiduría a su paso, y cuya seguridad se advertía en su rostro. Sus rasgados ojos miraban mi cuerpo examinando cada centímetro. Era la curandera del lugar. El ministerio de salud la había acreditado para resolver enfermedades que desconocen. Mi mal era común, pero los medicamentos sintéticos no hicieron ningún efecto en mi estado de salud. Se llamaba Saturnina aquella señora con mirada misteriosa. Me llamó para que tomara asiento y pidió un ungüento. Miró a su alrededor y empezó a hablar en susurros, ¿con quién? No sé, porque no logre ver a nadie. Palpó mi garganta y caí en estado vegetal.

Agonizante en plena selva, sentí dentro de mí fluir los espíritus del bosque. Las manos de la curandera hurgaban en mi garganta infectada por la tos. Frotaba en mí su sabiduría. Sus dedos dictaban un conjuro a las plantas, y de entre las hojas, la naturaleza me regalaba la cura. Sus ojos parecían ver algo que yo no pude ver. Sentado, el vértigo tragó mi cerebro. Sentí a mí alrededor muchos ojos que examinaban mi cuerpo. Eran como médicos de otro mundo. Los susurros de la curandera seguían, parecía hablar con alguien más. El viento besó mi cara dando aliento a mis pulmones.

El ungüento masajeó mis poros, y el tibio olor del monte limpió de súbito mi pecho. No creía en lo sucedido. Las hojas de nuevo se movían, simulando un adiós de algún ente que no pude ver, pero circuló en mis venas y quedó desperdigado en el manto verde del tiempo.

El xilema y el floema de cada hierba es el escudo imponente contra las pestes. Su capa clorofílica purificó el viento y limpió el alma oscurecida por los demonios. Las raíces del tiempo han narrado los hechos más tormentosos contra los hijos del sol; pero éste los cubrió bajo su regazo de cerros y selva, para que se sirvan de ella, bajo el compromiso de cuidarla, porque es la herencia del primer árbol y del primer río.

Mis sentidos quedaron perdidos en las historias emanadas de sus sienas. Burbujas de preguntas desbordaron esta mente estúpida, descriada por mi falsa civilización

donde la gente se come unos a otros. Mis ojos nacieron de nuevo. La matriz de Bosawás fecundó en mi mente el placer de oler sus vestidos, de pasearme en sus ríos sin pagar el impuesto sobre la renta, y ser un paciente más, curado con el fruto de la tierra.

